



SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN

Santa María de Elche. 15 de agosto de 2019

La Iglesia entera celebra hoy que la Virgen María está en cuerpo y alma en el cielo. En el corazón de este caluroso agosto especialmente miramos hacia el cielo siguiendo con nuestra mirada a la Santísima Virgen María, de modo singular en este lugar de la Basílica de Santa María, donde ella y para ella, la Mare de Deu de l'Assumpció, se celebra desde hace siglos la Festa, el Misteri d'Elx. El himno de alabanza que escuchamos en el Evangelio de la misa de hoy alcanza en su Asunción un significado especial: "Porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí", acabamos de oír en sus propios labios en el Magnífica. María, por la singular revelación que mantiene con su Hijo, participa plenamente de su gloria.

El Evangelio de la Visitación nos ha transportado a los días en que "María se puso en camino y fue a prisar a la montaña, a un pueblo de Judá". En aquellos días María corría por Galilea hacia una pequeña población cerca de Jerusalén, para ir a encontrar a su prima Isabel. Hoy la vemos encaminarse hacia la montaña de la Jerusalén celestial, movida por el ansia de estar con su Hijo; ansia de la que el Misteri deja constancia en sus primeros compases.

Importa recordar que María, en el viaje de su vida, jamás se separó de su Hijo. Lo vimos con el pequeño Jesús huyendo a Egipto; luego llevándolo, siendo Él adolescente, a Jerusalén, y durante treinta años en Nazaret cada día lo contemplaba guardando todo en su corazón. Luego lo siguió cuando abandonó Galilea para predicar en ciudades y pueblos. Estuvo con Él hasta los pies de la cruz. Y así, con palabra solemne, nos transmite su final el Concilio Vaticano II: "terminado el curso de su vida en la tierra, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo y enaltecida por Dios como Reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte" (LG 59).

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña, desde ahí, que la Asunción de María no sólo “constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo”, sino también, “una anticipación de la resurrección de los demás cristianos” (n.966). Es por ello que la celebración de la Asunción de la Virgen no puede ser sólo recuerdo de un misterio que nos atrae y nos maravilla en ella; sino que, además, nos infunde la esperanza de la victoria sobre la muerte, en la seguridad de que también nosotros, unidos a Cristo como su madre, participaremos de su destino. En este sentido, dentro de unos momentos, proclamaremos en el Prefacio: “ella es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra”.

Hoy, la Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora nos recuerda que somos ciudadanos del cielo, que, como nos enseña San Pablo, “si se destruye esta nuestra morada terrena, tenemos...una morada que no ha sido constituida por manos humanas, es eterna y está en los cielos” (2Cor 5,1).

Hoy, en medio de nuestros días, llenos de ocupaciones y preocupaciones, podemos contemplar nuestro último y definitivo destino: la gloria eterna con la Santísima Trinidad, con María y con todos los ángeles y santos.

Hoy María, precediéndonos en su Asunción en la gloria de la Trinidad – como nos muestran los últimos compases del Misteri- y orientando así nuestra vida hacia la patria definitiva, nos invita a ordenar nuestra existencia en una jerarquía de valores y a vivirla según la advertencia de San Pablo: “buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra” (Col 3, 1-2).

Nuestro camino hacia la patria en el que nos ha precedido María, necesita de la gracia de Dios. Al igual que celebrar y, sobre todo, llevar a la vida lo que nos enseña el Misteri, la Festa de la Asunción y glorificación de Ntra. Sra. Por ello acudimos a ella, desde nuestra necesidad, desde este valle de lágrimas que es, tantas veces, nuestra peregrinación hacia la luz y eterna felicidad a las que ella ha llegado en su Asunción.

En el Evangelio que hemos acogido hoy, vemos como la Virgen nos enseña un amor que es concreto y eficaz. Por eso acude presurosa junto a Isabel. El encuentro de las dos mujeres pone un nuevo momento de gracia y Juan, así, saltó de alegría. Que María nos siga visitando, a cada uno de nosotros a nuestro pueblo d'Elx. El Misteri, la Festa, más allá de su espectacularidad y belleza, es pasión, la pasión de nuestro pueblo por su Madre y patrona. Que María siga bendiciendo y visitando a su pueblo que la ama con pasión, y que la sigue necesitando en cada una de sus familias, de sus enfermos y necesitados; en cada uno de nosotros para que por su intercesión, por la gracia de su Hijo, no perdamos la orientación en el camino de nuestras vidas y lleguemos a la meta como ella. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.